

¡O eres sólo el puñal de la conciencia,  
 falsa creación de mi febril cerebro?  
 Mas ahí estás y en tan palpable forma,  
 como este que aquí asgo. ¡Ah, sí, tu vienes  
 a servirme de guía, señalando  
 camino e instrumento... Y, o mis ojos  
 de los otros sentidos son juguete,  
 o todo yo soy ojos... y aun te veo,  
 y gotas hay de sangre en tu hoja y mango  
 que antes no había... Pero no hay tal sangre;  
 es lo sangriento de mi empresa misma  
 que se infunde en mi vista. Esta es la hora  
 que como muerta en la mitad del mundo  
 Natura yace, y lúgubres visiones  
 van a inquietar el sueño entre tapices.

(*Macbeth, Acto II, escena I.ª*)

En un trozo que está, como la mayor parte de las obras de Shakespeare, lleno de reticencias de imágenes y en eso consiste precisamente su valor literario. Al ver la obra representada estamos imaginando ese puñal inexistente fuera del espíritu de Macbeth, la sangre que mancha el puño y la hoja, también irreal. Al poco el mismo actor exige que olvidemos nuestras figuraciones, que nos percatemos de que no hay tal sangre, que es lo sangriento de la empresa misma lo que a su vista se infunde.

Supongamos la misma escena cinematografiada. La falta de reticencia en el cine no es que sea absoluta, esto es imposible, pero sí predominante hasta el punto de que los casos de reticencia de imágenes espacio-temporal que en él se dan vienen a ser de segundo orden. Así, en el ejemplo propuesto, ocurre

